

"All the News
That's Fit to Print"

LATE CITY EDITION

10 CENTS

NEW YORK, MONDAY, JULY 21, 1968

LA BELLEZA SE MUERE
EL ALMA AGONIZA EN SUS
ÚLTIMOS ESTERTORES

KICK! (The team watches Boston, Tampa Bay
 from here. The Eagle has landed.)
 MONTANA: Roger, Tampa Bay, we saw you on the
 ground. You're got a bunch of guys down in here now.
 We're knocking again. There's 30.
 TAMPA BAY: Kick. You're 30.
 MONTANA: You're kicking back.
 TAMPA BAY: Kick. A very smooth touchdown.
 TAMPA BAY: Roger, you are way for it. (The first
 down is a 30-yard punt.)
 TAMPA BAY: Roger, they're 30.
 TAMPA BAY: Roger, they're 30.

...and you
...and you
...and you



A Powdery Surface Is Closely Examined

THE JOURNAL OF THE AMERICAN MEDICAL ASSOCIATION
PUBLISHED WEEKLY
535 N. Dearborn Ave., Chicago, Ill. 60610
Subscription price: \$5.00 per year in advance.
Single copies: 15¢.
Second-class postage paid at Chicago, Ill.
Acceptance for mailing at special rate of postage provided for in Section 1103, Act of October 3, 1917, authorized on July 13, 1967.
Postmaster: Send address changes in this journal to THE JOURNAL OF THE AMERICAN MEDICAL ASSOCIATION, 535 N. Dearborn Ave., Chicago, Ill. 60610.

Two Americans, survivors of Israeli Air Force crashes, were rescued in a helicopter in the Israeli-occupied Golan Heights on Monday, July 26, 1976.

[illegible]

"That's one small step for man."

The first step in a...
a television camera records the first...
move in its cold and distant...
—Chase of people in each. — Stage Test Set



"No quisiera vivir en un mundo sin catedrales. Necesito su belleza y su carácter sublime. Las necesito frente a la ordinariéz del mundo. Quiero mirar a través de los resplandecientes vitrales y dejarme obnubilar por esos colores no terrenales.[...]"

*"Tren Nocturno a Lisboa",
Pascal Mercier*

CONTENIDOS

1 ANTECEDENTES

2 OBJETO Y ÁMBITO DE ESTUDIO

3 METODOLOGÍA

4 OTROS ASPECTOS



"Ciudadano Kane", Orson Welles (1941)

ANTECEDENTES

Vivimos en un mundo en el que todo está inventado. La técnica se supera a sí misma cada día y los problemas o retos tecnológicos han dejado de ser un coto a las posibilidades imaginadas. Las megaestructuras, los frondosos muros vegetales, las envolventes sinuosas... las damos por sentado. Los últimos avances en las más innovadoras técnicas de construcción son sólo un eslabón más en un proceso que se instaló hace décadas y del que aún se nutre todo nuestro paisaje en construcción, no representan ninguna novedad a un nivel profundo.

Viajamos en un tren manejado por la Técnica. La arquitectura lleva largo tiempo cómodamente afincada en su vagón a la cabeza, adormilada, como receptora abanderada de los logros de la Técnica, y no al revés, como se pudiera creer. Nos vanagloriamos de la esbeltez de los pilares metálicos, la ligereza de las cubiertas vegetales, las líneas puras de las cornisas y la desnudez de los materiales empleados en su forma más cruda. Pero, ¿para qué? ¿Se alegran los arquitectos de los mensajes y entornos creados a partir de un sueño de humanidad, o de su aportación a un nuevo diseño innovador que se regodea en sí mismo? A lo mejor se alegran en realidad de que su falta de mensaje ha quedado suplida por un eficaz y eficiente cuadro tecnológico. Pero jamás lo reconocerán.

La Técnica en sí misma no es mensaje. La Técnica es autocomplaciente y avanza sin ahondar en el conocimiento sobre el ser humano, aquél al que debería servir. La Técnica avanza ya sin conductor, sólo la lleva la inercia del movimiento de un tren descarrilado.

Juhani Pallasmaa defiende en su ensayo "Habitar" que la arquitectura se ha vuelto la más autista de las artes. Hay un profundo desenfoque del destinatario de la arquitectura; parece que proyectáramos y construyéramos para un ser extraño fuera de nosotros, que nos observa desde las alturas (¿un dios quizás?) y nos dicta las formas

y los materiales fríos, abstractos (“puros”) en los que nuestra vida se ha de desarrollar con mayor armonía. Se trata, además, de un ser omnipresente, ya que las mismas normas de esta arquitectura superior pueden observarse a lo largo y ancho del globo.

Se desdeña que esa Arquitectura sublime participe de la vida mundana en la que, sin embargo, nos vemos obligados a desenvolvemos diariamente. Mientras Ella, mano a mano con la Técnica en aciago idilio, sobrevuelan nuestras cabezas para adentrarse en el Olimpo de los dioses, nosotros nos convencemos en la distancia de la exquisitez de su naturaleza superior (que no comprendemos) al ritmo en que colonizamos con plantas, fruteros y relojes los pequeños espacios que nos dona la pureza y el minimalismo de esa Arquitectura. Y es que, al apartarse de la vida, en su divinidad reconoce la necesidad del ser humano de expresar su individualidad y mundanidad, cuya titularidad cede cortésmente, no sin un ápice de condescendencia mal disimulada, al interiorismo. Éste se derrama así por cada esquina del continente abstracto descendido del mundo de las ideas para que los humanos hagamos los espacios en que vivimos nuestros. El interiorismo es, en muchas ocasiones, el nexo entre la Arquitectura y la vida. En los casos en que no hay un proyecto de interiorismo explícito, son los propios usuarios, sí, nosotros, los que hacen los espacios suyos según sus impulsos. La Arquitectura se congratula así, finalmente, del triunfo de la neutralidad de sus espacios diáfanos y fachadas abstractas por haber dado plena libertad a sus moradores, cuando, en realidad, los dejó huérfanos y desorientados, sumidos en una desamparada incompreensión por su inhospitalidad.

Ya no se construyen catedrales. Sin embargo, nadie pone en duda la necesidad de seguir manteniendo las que llegaron hasta nosotros. ¿Es que se construyeron suficientes y no hay por qué gastar más recursos en construir nuevas? ¿Es que ya no son necesarias al estar la religión en decadencia? Asistimos a la decadencia del alma.

Las catedrales que veneramos aún a día de hoy cuentan con hasta 500 años en los que la Arquitectura ha evolucionado sus técnicas hasta lo inimaginable en aquella época. Pero nadie muestra interés en levantar una en el presente que vivimos. ¿Será posible que, a pesar de todos los avances tecnológicos, tenemos miedo a dejar en evidencia nuestra profunda incapacidad para crear espacios de tal solemnidad y quietud para el espíritu? ¿Será posible que hayamos perdido para siempre nuestra capacidad de soñar y superar los vértices de la realidad tangible que nos rodea?

En cada imperfección de estas construcciones celestiales está la grandeza humana, por haber errado soñando. El alma lo percibe al instante de entrar en ellas. Nadie queda indiferente ante tal sacralidad.

Con mirada pessoana recorro los anuncios de inmobiliarias en las calles de mi ciudad o en las revistas especializadas, incluso veo en mis propias carnes los productos de la arquitectura contemporánea. Y echo de menos alma, esfuerzo. Belleza. Un viento helado me encoge el corazón ante esta asepsia y empobrecimiento que acarrear los manierismos de la arquitectura del siglo XXI. Arquitecta joven e inexperta, desde luego no he encontrado aún la comprensión de las fuerzas que rigen nuestro oficio, tan inevitablemente ligado a la vida y, no obstante, tan distante e impertérrito. A veces me cubro de indiferencia y resignación; otras me rebelo díscolamente contra esta alienación generalizada en que nos miramos unos a otros para perpetuar la peste de las fachadas ventiladas cerámicas en franjas horizontales y los cercos de ventanas invisibles, sin atender al fondo ni a la justificación de su idoneidad.

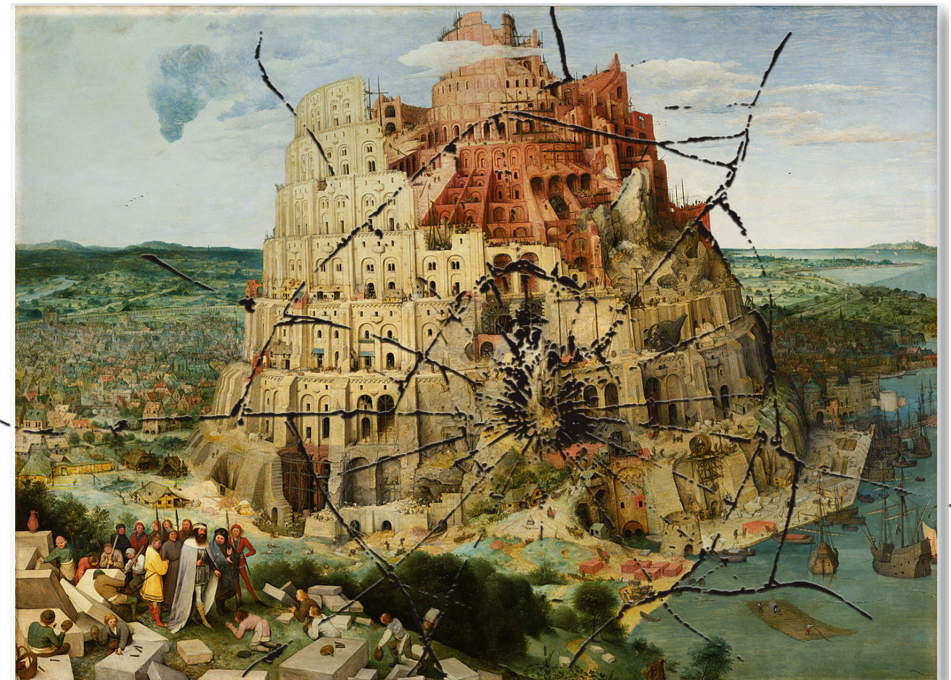
Comencé este escrito sin saber a ciencia cierta a dónde me llevaría la honda desazón que me acompaña desde que ejerzo esta profesión. Huelga decir que no podría orientar mi investigación a problemas concretos, como el de la regeneración urbana del distrito

X o nuevos y más eficientes sistemas de mejora de los valores ambientales conseguidos en las rehabilitaciones de edificios. La ineptitud de mis capacidades para resolver estas cuestiones quedaría en vergonzosa evidencia, tan alejados se encuentran estos temas de mi espíritu; considero que hay arquitectos y científicos mucho más versados y aptos que yo para dar soluciones a estas particularidades, no tengo ninguna duda de que lo lograrán con creces. La mía es una preocupación de raíz, casi primitiva, infantil y ancestral, sobre el valor de la arquitectura por la incidencia trascendental que tiene sobre nuestras vidas, y su actual estado en la sociedad. Quiero desnudarla de artificios que se le han añadido con el paso de los siglos, quiero desasirla de nuestro tiempo, para intentar desentrañar alguno de sus misterios.

Pido perdón de antemano por mi quizás errático discurso, que no puede categorizar su contenido tan claramente en los apartados solicitados. Es por esto que he bautizado este apartado como “Antecedentes”, pues recoge los desencadenantes de los pensamientos volcados en estas palabras, que creo de vital importancia para comprender con mayor claridad el proyecto de investigación desarrollado en los siguientes apartados.

Por mi inclinación natural a la literatura y a otras artes, nunca me he considerado enteramente arquitecta. Al encontrarme en la frontera entre el ser “arquitecta” o ser “lo otro”, a cada paso que doy en esta profesión me cuestiono si mis decisiones son las correctas, pero no desde la perspectiva de una profesional de la arquitectura, sino desde el ser un compendio de lo que la arquitectura me ha enseñado en mi vida adulta, claro está, y todo lo experimentado anteriormente, durante mi infancia y adolescencia, como sencilla consumidora de espacios creados por otros con mayor o menor encanto. Es por esto que en este estudio no sólo encontrarán a la arquitecta como tal, sino, sobre todo, a la mujer, al ser humano que ha vivido la arquitectura y a través de ella con la percepción y sensibilidad intrínseca a su ser.

Collage con “La torre de Babel”, Pieter Brueghel (1563)





"Willy Wonka y la fábrica de chocolate", Mel Stuart (1971)

OBJETO Y AMBITO DE ESTUDIO

En la era de las satisfacciones tangibles y cuantificables, más aún en la ciudad de Nueva York, donde ha de llevarse a cabo la labor de investigación, la espiritualidad y la reflexión equivalen casi a tiempo perdido en el que dejamos de ir de A a B o de comprar H. La arquitectura también es víctima de esta dinámica de resultados inmediatos, donde los concursos y encargos se esbozan rápidamente con arreglo al decálogo de las distintas estéticas aceptadas como modernas, dedicando la mayor parte del tiempo a producir planos y visualizaciones y a la construcción, mientras el proceso de concepción del proyecto queda reducido a su más mínima expresión.

El ámbito del estudio que yo propongo no tiene aplicación directa, ni hallará soluciones a problemas de ejecución. Desde una óptica puramente pragmática, podría decirse que no sirve para nada. Y, sin embargo, atañe a todos los proyectos de arquitectura y urbanismo, a sus creadores y a sus usuarios, a todos nosotros.

Los puntos de partida y las exigencias han cambiado a lo largo de los siglos, pero hay una necesidad del ser humano que se mantiene invariable: la belleza. La búsqueda de la belleza es un tema tan antiguo como irresoluble, pero que no por ello hay que condenarlo al encogimiento de hombros. En su búsqueda infructuosa está su virtud. Este estudio tratará de dilucidar algunas de las claves, pero no lo hará desde las aspiraciones clásicas de divinidad, ni tampoco desde el más puro antropocentrismo hedonista, sino desde un plano terrenal, más cerca de los pies y del estómago que de la cabeza: el que admite la convivencia de ambos estados del alma como la gran certeza sobre la misteriosa y contradictoria condición humana. La belleza se entendería, de este modo, como la expresión del alma, que conmueve a todo aquel que habita en ella.

La única materialización que yo veo posible para esta tesis es en forma de libro. Llevo tiempo acumulando pensamientos y conclusiones en mi día a día como arquitecta y que impregnan no sólo mi manera de trabajar, sino mi forma de entender cómo nos desenvolvemos los seres humanos y nuestras respuestas a los entornos naturales o a los creados por nosotros. Todos estos retazos de ideas y sospechas de verdades se agolpan en mi mente sin que el trajín de la cotidianidad me permita darles una maduración digna. Este libro, esta investigación, significaría un espacio para recogerse, un momento de reflexión y de sosiego que tanto me hace falta en este tiempo en el que vivo. Ya escribiendo estas líneas siento apremio.

Como primer acercamiento al escrito, he aquí unos bloques temático sobre los que me gustaría ahondar:

- Olvidar la arquitectura
- Que piensen las manos, que sienta la razón
- Concepción y proceso
- Lo pintoresco y lo sublime
- Ornamento sin delito
- La casa como una catedral

A este esquema inicial podría sumársele un apartado dedicado a las intervenciones de rehabilitación y preservación del patrimonio: "Rehabilitación enferma".

Las primeras impresiones sobre los temas propuestos llevan ya cierto tiempo establecidas en mi ánimo, por lo que podría decirse que la labor de investigación ya está lanzada. De hecho puede observarse que la formulación de los contenidos es ya en sí misma direccionada. No obstante, los meses dedicados al estudio de estas impresiones, nacidas de mi más profunda experiencia subjetiva, tendrían como fin proveerlas de una entidad y de sustento, si no científico, al menos

teórico y justificativo. Podría ocurrir, y esto sería de lo más excitante, que algunas de mis conjeturas se desmoronaran ante la evidencia de otros postulados más verdaderos descubiertos en el proceso.

Establecida la vocación teórica de este ensayo, la disertación teórica encontraría su culminación en una utopía. Las utopías parecen cosa de otro tiempo. Proyectos irrealizados y, a menudo, irrealizables. Edificios que nacieron muertos, quizás jamás tuvieron la vocación de vivir, pero cuya valía y trascendencia nos llegó a través de las imágenes que proyectaron y de las posibilidades que nos abrieron. En algunos casos en que se construyeron, su materialización acabó por desacreditarlas, pero su fuerza como visión persistió a pesar de todo. Muchas de ellas las estudiamos en las escuelas de arquitectos e incluso se exponen a día de hoy en museos de vez en cuando.



Mientras el cine, la pintura, la escultura y las demás artes exploran aún las fronteras invisibles de la utopía, ésta parece haberse extirpado de tal forma de la arquitectura, que incluso pensar en ella

parece una utopía en sí misma. La arquitectura se hace exclusivamente de realidad y pragmatismo, y a mí se me deshace entre los dedos. “Tenemos arte para no morir de realidad”, decía Nietzsche.

Yo quisiera imaginar un templo, un santuario de la humanidad, fruto inevitable de su presente, pero que se nutra de sus anhelos de futuro sobre los cimientos vivos de sus recuerdos del pasado. Un lugar sagrado sin adscripción a ninguna religión, sino en el cual todo viajero pueda sentir el sobrecogimiento ante la grandeza de la tragedia humana. Un templo a la espiritualidad ubicado en el paradigma de la vida moderna, fugaz, corporativizada e intercultural: Nueva York. Central Park podría ser el sitio más adecuado para albergar la incorporeidad de este santuario, por constituir una isla dentro de otra isla y poder funcionar, así, como transición hasta el

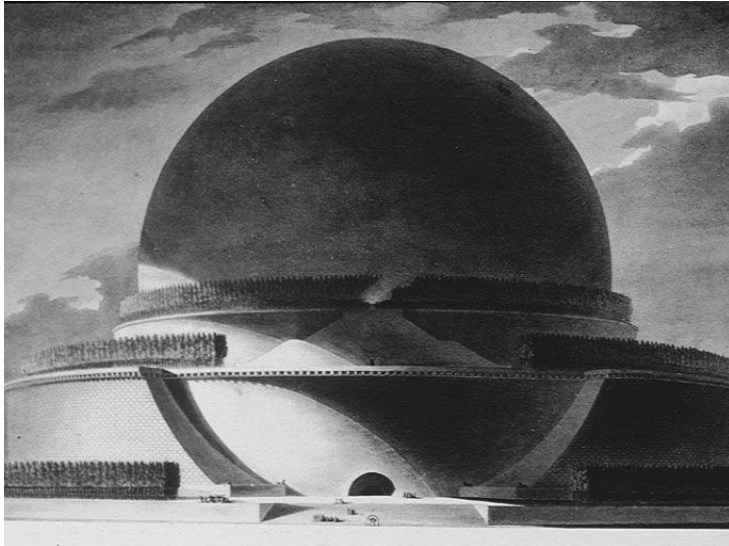
umbral del nuevo templo.

No tengo ninguna intención de abordar este edificio como un proyecto real, como he dicho. Me importa bien poco si el resultado es realizable técnicamente o no, pues mi deseo es precisamente zafarlo de toda lacra material por la certeza de que se desharía al contacto con el aire tras cobrar forma; descreo, además, de la posibilidad de suscitar interés alguno en construir dicho edificio. Una imagen, un sueño, un texto que acompañe mi libro será lo que quedará de él, para que todo aquel que tropiece con él lo haga suyo y alimente su imaginario con él. Una utopía nacida del desaliento del siglo XXI al fin y al cabo.



"El eclipse", Michelangelo Antonioni (1962)





"El cenotafio de Newton", Étienne-Louis Boullée (1784)

METODOLOGIA

Dado el carácter tan amplio de la investigación planteada, me resulta difícil pronosticar una metodología expresa para la producción de este libro de teoría y reflexión sobre la arquitectura. Sí puedo prever que necesitaré, en primer lugar y como sustento de todo, de jornadas de documentación en las que recabar ejemplos que ilustren debidamente los puntos defendidos y sean susceptibles de comparaciones como refuerzo de la tesis.

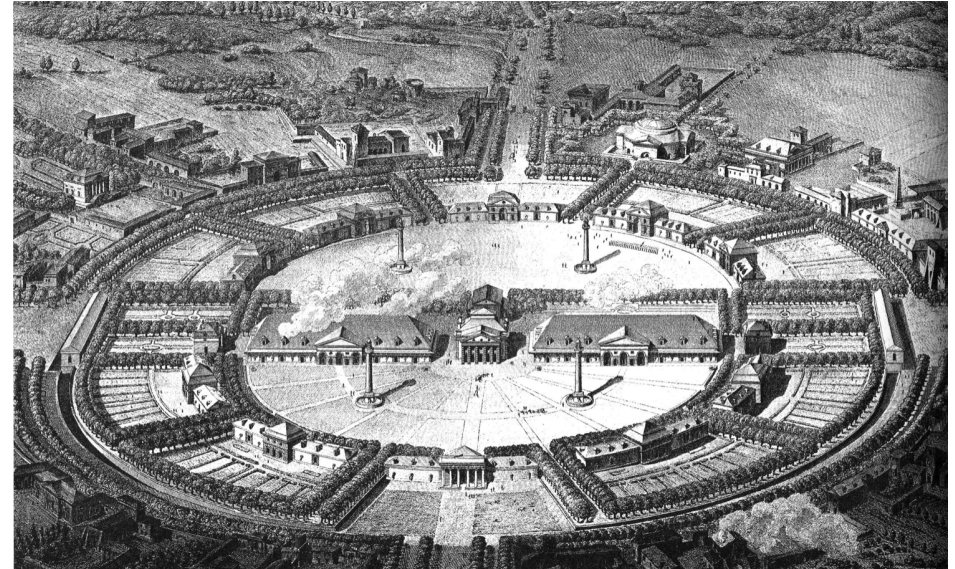
No obstante, por encima de todo, lo primordial sería compartir la labor de investigación con otros colegas de profesión, pero, sobre todo, con otros perfiles más diversos, tales como artistas, pintores, escultores, directores de escena, etc. para contrastar así las distintas modalidades del proceso creativo y valorar la incorporación de algunas de ellas en la arquitectura.

Como ya he dicho anteriormente, las motivaciones que me han empujado a escribir estas líneas han sido hasta ahora muy íntimas, sencillas reflexiones hechas en soledad sin mayor receptáculo que mi pecho y algún oyente interesado ocasional. Si llega la hora de volcarlas en papel, creo esencial contar con la interacción de otros profesionales que con su visión y experiencia puedan ayudarme a elaborar mis ideas con mayor aplomo y veracidad que la simple pasión que me provocan mis impresiones quizás todavía adolescentes. Es éste, de hecho, uno de los aspectos más ventajosos del que podría beneficiarse mi investigación de disfrutar de la beca que ofrecen.

En cuanto al proyecto práctico propuesto como complemento final al libro, me gustaría hacerlo también en colaboración con personas de otros ámbitos. Realizaría

encargos complementarios a dichos profesionales, tales como la elaboración de una escultura que presida el templo o un tapiz, todo el mobiliario e incluso la banda sonora que podría escucharse en su interior; como se hubiera hecho en la construcción de una catedral gótica. Al fin y al cabo, si este santuario ha de representar a toda la humanidad, no parece descabellado abordarlo como un conjunto compuesto por obras hechas por distintas manos, que se complementan entre sí a través del contraste y la armonía.

Me gustaría, ante todo, dejar margen a la experimentación, sin estipular una metodología demasiado científica, cuando ni el contenido ni el resultado de la investigación lo serán. Es posible que para el desarrollo de los distintos temas puedan surgir pequeños ejercicios o experimentos ilustrativos, pero no me es posible concretarlos en este punto de desarrollo, será sólo si el curso que sigue la investigación así lo requiere.



"Falansterio", Charles Fourier (1822)



"Bournemouth Steps", Archigram (1970)



Fotografía desde dentro de la cabeza de Estatua de la Libertad antes de su ensamblaje (1885)

OTROS ASPECTOS

Siempre se ha considerado la arquitectura, al menos en España, como un arte con fundamentos científicos, o como una ingeniería con el aderezo del arte. Es decir, que es un poco ciencia y un poco arte, con elementos de ambas, y por ende, ni enteramente una ni la otra. Esa es su desgracia y su trágico atractivo. La ciencia es devota del cuerpo del hombre, hasta su más microscópica partícula es escrutada y clasificada; el arte se dedica al alma mediante los mismos métodos tangibles. La arquitectura cobija tanto el cuerpo como el alma del hombre, ha de velar por el bienestar y el desarrollo de ambos.

En el desarrollo de mi profesión, me he visto rodeada de hombres y mujeres de ciencias. Los números, cálculos estructurales, de ocupación y aforos máximos han ocupado gran parte de mi tiempo como arquitecta. Los edificios proyectados se me presentan en metros cuadrados, en cifras de euro. A las composiciones de fachada o a las distribuciones en planta se les aplica la lógica de las matemáticas y el racionamiento de la economía. Poco o nada me hablan de las personas que han de habitar esos espacios, tan sólo contribuyen a engordar o adelgazar los conductos de ventilación o las puertas de evacuación. Las personas, como la arquitectura, se han visto reducidas a números. Y, sin embargo, la arquitectura, como las personas, también tiene alma. O debería. El alma de su creador, si la vuelca en él, y el alma de sus moradores, cuando lo ocupan. Negar la existencia del alma en la arquitectura es negar la propia arquitectura.

Yo, que he sido siempre una mujer de humanidades que se entretiene jugueteando a ratos con los números, escogí la arquitectura como ámbito donde desarrollar mi actividad profesional por su correspondencia con el alma humana, no por la excelencia de la ciencia aplicada a su estructura ni a sus configuraciones estéticas de simetría y

proporción. Todo eso en el fondo no me interesa si no conmueve al espíritu, y, sin embargo, es con lo que me doy de bruces en mi día a día. Ya lo vine observando en la escuela de arquitectos, donde el libro “Aprendiendo de Las Vegas” de Robert Venturi supuso una gran apertura y desahogo para mi sentimiento de profundo desarraigo e incompreensión. Contradicciones existentes en mí misma, como mi gusto por lo kitsch o lo vernáculo contrastaban estrepitosamente con las obras ensalzadas en la escuela, lo cual me avergonzaba y alimentaba una lucha interna por extirpar esas impurezas. Ese libro supuso un punto de inflexión en mi conciliación personal entre la arquitecta y la mujer, de ciencias, pero, sobre todo, de “letras”.

A medida que pasan los años, más sensible me vuelvo a la falta de solemnidad en nuestra existencia, más me hiere la falta de valor que se ataíne a las cosas cotidianas. Sufrimos, sin darnos cuenta, de la sacralidad perdida de nuestros abuelos, aquélla con la que se vestían para ir a la misa de los domingos, con la que limpiaban sus casas o arreglaban de sus huertas. La dignidad de los barrios más rurales. Incluso el padre y la madre, el amor o la amistad tenían un cariz trascendental. Pocos momentos solemnes hay en esta vida, si no lo son los nacimientos, las bodas o los funerales. En nuestro afán por normalizarlos, por considerarlos parte del curso natural de la vida, los atuendos se han vuelto informales como los de cualquier otro día, “se les ha quitado hierro”, las celebraciones se han banalizado y los discursos se han colmado de frases hechas repetidas hasta la saciedad. No son pocos los funerales a los que he asistido en los que el sermón no me ha conmovido ni lo más mínimo, sino que incluso me ha irritado sobremanera.

Las cosas, los hechos, no tienen más valor que el que nosotros les atribuimos. Si nos empeñamos en despojar de su trascendencia y seriedad, por miedo o dejadez, a los hitos vitales descritos, ¿qué nos queda?

Es por esto que necesito las catedrales. En ellas encuentro ese carácter sublime del que el ser humano es capaz, sin despegar los pies de la tierra. En ellas se reafirma la raza humana por entero.

No obstante, incluso ellas, en su esplendor y devoción sublime, son incompletas, por ser devotas únicamente de lo solemne que hay en el ser humano, cuando ésa es sólo una parte de la realidad. En ocasiones son los canteros que las construyeron quienes las dignifican como fiel emblema del hombre al infiltrar algún motivo jocoso-erótico en sus arquivoltas o capiteles. Pues el ser humano es así, oscila entre lo más elevado y lo vulgar, en un compendio de contradicciones inverosímiles incluso para él mismo.

Una catedral en estos tiempos, desligada de las religiones pero no de la existencia de un Dios, deberá, por tanto, abrazar lo que hay de bello y de corriente en el hombre, convirtiéndose en un retrato tan cercano a su compleja naturaleza, que sólo por ese motivo adquirirá su carácter sublime de símbolo absoluto del ser humano, en carne y espíritu.

